

llos que encuentran una santa! Yo.... ¡Oh! ¡yo había encontrado un demonio! Vos mismo vais á juzgar. Nosotros es probable que no volvamos á encontrarnos jamás, Capitán. ¡Pues bien! Antes que el tren me aleje de aquí, vais á escucharme. Sabréis al menos mi historia. Es, sin duda, la historia de un desgraciado, pero no es la de un miserable; y, al separarnos, espero que no vacilaréis en darme la mano.

—¡Placial!....

—¡Bien, bien, está bien! Yo sé lo que digo,—dijo el domador.

Y pasando la mano por sus ojos, empezó á hablar con una especie de voluptuosidad siniestra, la voluptuosidad de un herido de muerte, que ve correr su sangre y extinguirse su vida.

IV.

Cecilia.

—Nací, como sabéis (dijo Placial), en San Alvere. Si habéis ido de Périgueux á Bergerac, habréis atravesado probablemente esa tranquila población, cabeza de partido, tan pintoresca, con su antiguo castillo arruinado, con sus fosos llenos de zarzas y de ortigas, donde, siendo niño, más de una vez pisé las culebras al tratar de coger las lagartijas que se calentaban al sol sobre aquellos muros agrietados. Cogiendo entonces las culebras con mis manos, empecé á familiarizarme con estas alimañas. Yo poseía una facultad muy rara, que más de un ser humano posee, según parece; los animales se me acercaban fácilmente; los perros me seguían, mirándome con sumisión, cuando me veían, y los pájaros venían con frecuencia á posarse sobre mis hombros. Hice la prueba de presentarles mi mano llena de migajas de pan ó de alpiste, y los gorriones vinieron batiendo sus alas, tomaron su comida de la concavidad de mi mano, y se marcharon cantando para mostrarme su alegre gratitud. Se llama á eso magnetismo; pero yo creo que los animales toman cariño al que los quiere, y en eso debía consistir la atracción que por mí experimentaban. Todo lo

contrario sucede con los hombres, pues basta que uno sea bueno con ellos, para que se muestren ingratos.

»En San Alvere no se nota animación y vida más que en los días de elección ó de mercado. Se vive en paz, pero no hay elementos para hacer fortuna. Mi padre, que tenía un pequeño café, situado en la Plaza de la Iglesia, no era rico; pero era hombre inteligente, que conocía el valor de la instrucción, y ahorrando cuarto á cuarto, pudo hacerme estudiar, primero en un colegio de Bergerac, y más tarde en el liceo de Périgueux. Yo no tuve la dicha de conocer á mi madre, que murió al darme á luz. ¡El hombre que tenéis delante ha causado, pues, la muerte á dos seres humanos! ¡Miserable de mí! En fin, Capitán; vamos al asunto.

»Tenía yo veinte años cuando mi padre murió, sin poderme dejar nada, pues la pequeña suma que recogí bastó apenas para pagar sus funerales y un modesto mausoleo de piedra en el cementerio. Poco después caí soldado, y no tuve que pensar en redimirme del servicio, porque no tenía ni un céntimo. Por otra parte, todo hombre debe un poco de su sangre y de su vida á la patria. Entré en un regimiento de cazadores. La rara facultad que poseía de dominar á los animales me sirvió entonces. En el picadero domaba los caballos voluntariosos como lo hubiera hecho un *gaucho*. Nos enviaron á Argelia. Una noche, por broma, entré en la jaula de un domador. Los camaradas, que me habían desafiado á realizar esta locura, temblaban, esperando verme hecho pedazos. ¡Pues bien! Las bestias feroces se arrastraron tímidas bajo mis miradas, y el domador, asombrado, me dijo: «Si llegáis

»á tener hambre, ejerced el oficio que habéis hallado. Hacedos domador». Esta proposición me hizo reír. Mas, ¿por qué reiría yo? No sabe uno jamás lo que la vida le reserva. Llevaba yo entonces los galones de sargento, y soñaba con alcanzar el empleo de alférez, y continuar mi carrera en el regimiento, que, después de todo, es como una familia para aquellos que se encuentran solos en el mundo.

»Me encontraba en París con mi regimiento, y había cumplido el servicio reglamentario, cuando conocí una mujer, una joven, ¡tan encantadora!, en una pequeña tienda de la calle de San Lázaro, donde vendía flores. ¡Violetas, Capitán, violetas... como las que acabáis de traermel Violetas que tomaba graciosamente con sus lindos dedos, las ataba ligeramente con una hebra de hilo, que anudaba y cortaba después con sus menudos y blancos dientes, formando preciosos ramitos. Yo había entrado en aquella pequeña tienda un día que tuve necesidad de adornar la mesa de un banquete que dábamos al profesor de esgrima de nuestro regimiento, victorioso en un asalto en que habían tomado parte los maestros de armas de todos los de París.

»Este profesor era Francisco Lecourbe, mi amigo, mi mejor y único amigo. ¡Buen muchacho, muy leal, muy alegre y muy valiente! ¡Una buena espada! Colocaba contra la pared una pieza de cinco francos, apoyándola con la punta de su florete, y retirándole bruscamente, dejaba resbalar la pieza, para recogerla después en el aire con suma destreza y clavarla en el muro de un floretazo. Nos queríamos como hermanos. Naturaleza franca y alegre;

un borgoñón de buen humor, que estaba siempre cantando. Tarareaba en voz baja, y reía hasta cruzando el acero.

»Nuestra amistad había llegado á ser íntima muy pronto. Un día de inundación en Blois, como se hubiese imprudente y bravamente lanzado en una barca para salvar algunos desgraciados á quienes amenazaba una muerte segura, tuve la buena fortuna de arrebatarme, á mi vez, á la corriente que le arrastraba, y desde entonces me llamó siempre su *salvador*. Nos ligamos como se liga uno cuando es joven y tiene buen corazón: *á vida y á muerte*.

»Por su causa fuí á comprar las flores. Un ramo de violetas, Capitán, á casa de la que debía ser más tarde mi mujer. Sellamaba Cecilia, Cecilia Hervier. Era huérfana como yo, y vivía entre sus flores, del producto que le daban los ramos y las plantas de jardín.

»Dicen que sólo en las novelas nace el amor de repente, como cae el rayo. Así fué, sin embargo, como yo amé á Cecilia. Por la mañana no la conocía, y por la noche no podía ya olvidarla. En el banquete me repitieron varias veces: «¿Qué hay, Estradère? ¿tenéis algún motivo de tristeza? ¡Estáis muy distraído!»

»¡Tristeza! No; más bien experimentaba alegría; no pensaba más que en *ella*, ni veía más que á *ella*. Una muchacha delicada, rubia, con una sonrisa extraña que me había turbado desde el primer momento, una sonrisa burlona, que atraía, que subyugaba.

»Al día siguiente volví á su casa para comprar otro ramo, de que no tenía necesidad; volví á hablarla, á contemplarla, y al marcharme prometí

volverla á ver de nuevo. Estábamos acuartelados en la Pepinière, y pasaba con frecuencia por delante de la tienda de la florista. Cuando esto sucedía entraba á verla, y salía de su casa cada vez más enloquecido. No he de explicaros cómo llega uno á enamorarse; pero es lo cierto que yo estaba loco por aquella mujer.

»Ya no pensé más en mis proyectos de ambición, y olvidé mi ascenso á alférez, que tanto me ilusionaba. La carrera militar se me hizo odiosa, y el cuartel tomó para mí el aspecto de una prisión. Sólo era dichoso al lado de aquella preciosa criatura, que me tendía la mano con efusión cuando entraba, y me sonreía... ¡Ah! ¡Qué sonrisa tan espantosa y adorable á la vez! Había concluído por decirme qué cuando, retenido por mi servicio, no iba á verla, se ponía triste.

»¿Es que me amaba? No lo sé. Acaso. Las mujeres ignoran con frecuencia si aman ó no. Lo cierto es que, como á un ser querido, me había hecho la confianza de su vida. No tenía padres ni parientes, y se veía precisada á luchar sola contra el destino. Había venido á París algunos años antes con su padre, quien, al morir hacía poco, le había dejado una modesta suma, con la que había establecido su pequeña tienda de flores, grande como un pañuelo, pero sonriente y embalsamada como un jardín.

»Todo lo que ella me decía lo creía como artículo de fe. ¡La amaba tanto! Pueden tenerse muchos caprichos en la vida; pero amor verdadero como el mío, sólo se siente una vez, y cuando entra en nuestra alma, es como un puñal que hiere el corazón. Es preciso morir.

»Amé, pues, á Cecilia con una fiebre tal, que ya no vi otra felicidad posible en este mundo que la de vivir siempre á su lado, y arrojando en común la existencia. Joven, instruído y alentado, como era yo, me decía: Abandonaré el regimiento, entraré en una administración cualquiera, en las oficinas de un camino de hierro, por ejemplo, y una vez casado con Cecilia, seré dichoso. ¡Oh! ¡Pero dichoso hasta no desear nada, hasta no ambicionar nada, dichoso como lo es uno en sus más bellos ensueños!

»Cecilia consintió en ser mi mujer. Dentro de algunos días hará diez y ocho años que nos casamos. Os hablaba hace poco de un aniversario. ¡Era el de mi casamiento! Los días que siguieron nos trajeron duelos y lágrimas, y, como ya os he dicho, Capitán, manchas de sangre; pero de aquel día bendito sólo recuerdo nuestra felicidad. Todavía siento la mano de Cecilia temblar entre las mías,—¡ó, más bien, eran las mías las que temblaban!,—mientras inclinábamos nuestras cabezas delante del sacerdote. ¡Estaba loco de alegría! Tenía deseos de cantar; parecía un niño.

»Fueron testigos de mi enlace Francisco Lecourbe, mi amigo, y mi Capitán, el capitán Lambert.

»Mi Capitán me dijo:

—»El regimiento sentirá que le abandonéis, Estradère. Yo deseo que no os pese nunca haberle abandonado.

»Como supondréis, había devuelto mis galones y abandonado el uniforme. No quería ya vivir más que por Cecilia y con Cecilia.

»¡Era tan encantadora! Tenía una sonrisa tan sincera, y los ojos de un azul tan límpido, que no

era admisible que penetrase en su alma una mentira sin que su cándido rostro la hubiera al punto denunciado. Yo experimentaba una voluptuosidad de loco enamorado, desatando y besando su abundante y hermosa cabellera rubia, y embriagándome con su suavidad de seda y su agradable perfume. ¡Ah! ¡La amaba tanto!... Os lo repito: ¡la amaba con toda mi alma!

»Abreviaré mi historia, Capitán. ¡Fué falsa y banal! Mi historia es análoga á la de todos los que han sido engañados y víctimas de una traición. He vertido lágrimas de rabia, y he clavado más de una vez mis uñas en mi pecho; pero ni las lágrimas ni la cólera pueden remediar lo irremediable.

»El desencanto llegó bien pronto. Poco tardé en apercibirme que al casarme con Cecilia había unido mi suerte á una de esas mujeres que no han nacido para ser esposas ni para ser madres; de esas mujeres que poseen la gracia, el encanto, la belleza, pero no la virtud; de esas mujeres que seducen y embriagan, pero en el fondo de cuyo amor hay algo de terrible que produce fiebre y enloquece, en vez de ser el amor suave y tranquilo de la compañera que participa de nuestras penas de cada día, y lleva dignamente el nombre que le hemos dado.

»Cecilia había dejado su tienda de flores, porque yo no quería que fuese el blanco de la galantería del primer desocupado que se presentase. Yo trabajaba, y ganaba para los dos. Me había colocado en las oficinas de un camino de hierro, donde me ocupaba durante el día, y por la noche dedicaba algunas horas á llevar los libros en tres comercios de pequeña importancia.

»Nuestra casa marchaba bien. No éramos ricos, pero vivíamos holgadamente y sin dificultades. Festejábamos alegremente los domingos, en el verano corriendo los campos como un dependiente de comercio y una costurera, ó yendo al teatro, curiosos y ávidos de novedades, cuando llegaba el invierno. Esta vida tranquila sólo duró año y medio. Cuando pienso en las condiciones de esta mujer, me asombro de que pasáramos en paz tan largo período.

»Al cabo de este tiempo me apercibí que Cecilia se aburría, ó más bien que le aburría el hogar. No habíamos tenido hijos; en nuestra casa reinaba el hastío. Yo tenía necesidad de ausentarme con frecuencia. Los malos pensamientos entraron en mi pobre morada, como ráfagas de viento apesado.

»Con frecuencia hallaba sobre la chimenea, al lado del ramo de flores de azahar que Cecilia había ostentado en su pecho el día de nuestro casamiento, violetas siempre frescas, que aspiraba ella sonriendo.

»Cuando le decía:

—»Decididamente tienes preferencia por esas flores.

»Ella me respondía:

—»¡Sí, porque me recuerdan el pasado!

—»Entonces, déjame comprarte el ramo que te gusta. Todas las noches, si tú quieres, yo te traeré violetas.

—»No. Prefiero comprarlas yo misma.

—»¿Y por qué?

—»¡Un capricho! Después de haberlas vendido, las compro. Esto me divierte.

»Y yo sonreía á mi vez, viéndola aspirar el perfume de sus ramos de violetas.

»No me había apercibido, y eso que tengo buena vista, pero no ve uno nada cuando ama; no me había fijado en el cambio extraño que desde algún tiempo se había operado en la fisonomía, la manera de ser, y hasta en el lenguaje de aquel Francisco Lecourbe, cuya amistad fraternal tenía en mi corazón tan hondas raíces.

»Francisco venía con frecuencia á vernos. Pero de tan alegre como era antes, tan confiado y tan hablador, ¡tenía el corazón en la mano!, se había vuelto ahora sombrío y silencioso; retiraba su mano de la mía cuando yo iba á cogérsela, y hablaba con cierto disgusto del servicio del regimiento. Como yo en otro tiempo, se aburría en el cuartel. El dar lecciones de esgrima le parecía estúpido.

—»¿Cómo es eso? (le preguntaba yo, tratando de bromear). ¿Tienes ambición, Francisco? ¿Es que tu profesión te disgusta?

»También á ti te ha fatigado,—me respondía.

—»¡Á mí! ¡No estamos en el mismo caso! Si yo aborrecí el uniforme, fué porque amaba á Cecilia. ¿Quieres tú también casarte? ¿Estás enamorado?

»Entonces se ponía pálido y callaba. Sus pupilas brillaban con un fuego sombrío; después me respondía con tono sarcástico:

—»¡Enamorado! ¡Enamorado! Á fe mía que no lo sé.

»Ó bien no me contestaba, y se alejaba como el que desea estar solo. Á veces creí notar que el desgraciado había bebido; su mirada era incierta, y sus frases incoherentes. Se lo hice notar algunas veces.

»Entonces me contestaba con una expresión de amargura que no olvidaré jamás:

—»Es un nuevo sistema que he adoptado. ¡Gracias al ajeno, no pienso en nada!.... Con un poco de ese licor verde, lo ve uno todo de color de rosa. Es raro. ¿no es verdad?....

»Yo me asombraba, y era natural que me asombrase, de que Francisco guardara para mí un secreto. Pero este secreto le respetaba yo, y nunca traté de hacerle entrar en la vía de las confidencias. Bien veía que el infeliz sufría como un condenado.

»Debía tener en el corazón uno de esos amores que roen como un cáncer y que embriagan como el alcohol. Yo lo adivinaba, lo veía, y deploraba la situación del pobre joven, maldiciendo por anticipado á la miserable que.... ¡Y bien, Capitán! Esta mujer...., ya lo habréis adivinado, ¡ira de Dios! ¡Esta mujer á quien Francisco amaba tan locamente, era Cecilia! ¡Sí! ¡La mujer á quien yo había dado mi nombre y sacrificado mi vida, aquella por quien yo quemaba mi sangre y gastaba mis ojos velando delante de un mechero de gas para llevar por partida doble los libros de un tapicero ó de un comerciante de loza! ¡La infame criatura que volvía loco á Francisco Lecourbe, que, burlándose de mí, me engañaba y me mentía, era mi mujer!

»¡Ah! ¡Cómo hacen reír los maridos engañados! ¡Es quizá porque no se les ha visto palidecer, y no se les ha oído rugir como una fiera cuando han sabido que su honor estaba en manos de una prostituta! ¡Cómo supe yo mi desgracia?.... Por una simple casualidad. La casualidad es siempre traidora. Un billete escrito con lápiz, y dirigido

á mi mujer, cuya letra no pude conocer. Una cita dada en un pequeño hotel del *boulevard* de Clichy.

»Era aquella cita tan horrible y profundamente vil, que no quise creer en ella.... ¡Un amante!.... ¡Cecilia tenía un amante! ¿Era esto posible?.... ¿De dónde procedía aquella carta? ¿Quién la había escrito?.... ¿No había en esto alguna espantosa maquinación, dirigida á perder á Cecilia? ¿Podía acaso ser culpable aquella angelical criatura?

—»¡Ira de Dios! (me decía.) ¡Yo lo sabré pronto, yendo á esa cita! ¡Sí, iré!

»Tuve la fuerza necesaria para esperar hasta la noche, sin dejar traslucir á Cecilia el estado de mi espíritu: quería saber la verdad, ó, más bien, quería verla con mis propios ojos.

»Por la noche salió Cecilia, pretextando no sé qué asunto doméstico, unas compras que tenía que hacer: llevaba en su pecho un ramo de violetas, que procedían de *él*, sin duda. Poco después salí en dirección del pequeño hotel designado por la carta. Pero como si la fatalidad me hubiese impulsado, instintiva, maquinalmente, cogí una pistola de dos cañones, cargada, que guardaba en uno de los cajones de mi cómoda, y la llevé conmigo, diciendo en voz alta, ¡cosa extraña!, con una voz estridente que no era la mía, y que sentía una alegría feroz en escuchar....

—»¡Ahora nos veremos!

»Era un jueves de Carnaval: ¡me parece que fué ayer! Un día triste, lluvioso y frío. Las calles estaban llenas de un barro pegajoso, que se mezclaba con la nieve casi fundida. ¡Fué aquel un día sombrío y húmedo, que me pareció interminable!

»Aún creo hallarme en aquella noche terrible,

en que se oían confusos los desacordes sonidos de la gaita y los gritos de las máscaras, que, hechas una sopa, aullaban para divertirse bajo la menuda y persistente lluvia.

»Y, en medio de aquella confusión, yo marchaba con paso rápido, como un autómeta, diciendo:

—»¡Ahora sabré si Cecilia me engaña!

»Me dirigí por el camino más corto al *boulevard*, donde creía que debía hallarse el hotel. Iba completamente loco, pensando que aquella mujer en quien había depositado toda mi confianza me engañaba. ¡Ah! ¡Desgraciada! ¡Miserable! ¡Y, sin embargo, la amaba! ¡La adoraba! Y, completamente trastornado, la llamaba, como si hubiera podido escuchar mi voz, y detenerse:

—»¡Cecilia ¡Cecilia !.... ¡Cecilia!

»Y seguía adelantando.

»Llegué al hotel cuyas señas indicaba la carta. Era un pequeño edificio de dos pisos, cuya fachada estaba pintada de rojo. En algunas de sus ventanas se veía la claridad de las luces á través de los visillos. Sobre la puerta se leían estas palabras: *Hôtel de l'Isère*. Aquel era el sitio designado, y tratando en vano de dominar mi emoción, penetré en él.

»Pregunté á una mujer que hallé al paso, si había entrado en el hotel una señora cuyas señas le indiqué. Me dijo que no; pero en su turbación conocí que mentía. Cecilia ha entrado aquí.... ¿dónde está? Subí la escalera al azar, mientras que la mujer desapareció, acaso para buscar socorro; de repente, al llegar á un oscuro corredor, percibí el ruido de dos voces que me eran conocidas.

»Entonces me paré, y oí distintamente aquellas

dos voces detrás de una puerta, por debajo de la cual se veía luz. ¡Oh! ¡Cómo palpitaba mi corazón! Quise gritar; pero la voz se ahogó en mi garganta, sin producir sonido alguno. ¡Me sentía morir! ¡Había conocido la voz de Cecilia! ¡Sí! ¡Desgraciado de mí!

»Hice un esfuerzo, y grité: «¡Abrid!» Estaban allí, acababa de oírlos, y sin embargo un silencio profundo contestó á mi intimación.

»Yo me decía:—«¡Alguien hay ahí! ¡Sí, alguien hay!.... Pero no será ella; ¡debo haberme equivocado! ¡No será Cecilia! ¡No ha sido su voz! ¡Es imposible! ¡Miente esa carta maldita! ¡Sí; miente, miente!.... ¡Oh! ¡No es á Cecilia á quien iba dirigida! ¡No...., no...., no!»

»Pero á la vez que pensaba que la carta mentía, empuñaba con crispados dedos la culata de la pistola de dos cañones, y pensaba: «Una bala para ese hombre á quien no conozco, y que ha venido á robarme mi dicha, y otra para mí. ¡Igual castigo para el ladrón que para el robado.»

»No la creía culpable, y, sin embargo, me repetía: «Mataré á su amante, y me mataré después. ¡Vivirá suficientemente castigada con el recuerdo de los dos hombres muertos á sus pies!»

»Sí, Capitán. Á la vez que me decía: «¡Cecilia no es culpable! ¡Cecilia no puede engañarme!», pensaba lo que acabo de decir, y sufría como un condenado.

—»¡Abrid, abrid!—gritaba.

»Pero la puerta no se abría; me pareció que iba á tener fuerza suficiente para derribarla de un golpe dado con la espalda. No cedió, sin embargo, y entonces, sacando mi cuchillo y haciéndole obrar

» ¡Llamaba...., llamaba al desgraciado; pero no tenía en mis manos más que una masa inerte, de la que salía un reguero de sangre.

» Entretanto, en medio de aquella obscuridad, en un rincón de la estancia, ella permanecía inmóvil. ¡Sí, aquella mujer, que había armado uno contra otro á dos hombres, á dos amigos, á dos hermanos, estaba allí inmóvil, muda, aterrada!

» Una luz bastante viva alumbró de repente aquella escena. Era la propietaria del hotel, que venía seguida de algunos vecinos. Entonces pude ver á Francisco tendido sobre el pavimento, con el pecho agujereado y el semblante rojo; pero rojo de la sangre que caía de mi mejilla y que se perdía en su barba.

» Pálida, con la voz ahogada, la propietaria del hotel extendió hacia mí su delgado brazo, y dijo:

— ¡Prended al asesino! Vedle ahí.... ¡Prendedle!

» Algunos de los hombres que acompañaban á la propietaria dieron un paso hacia mí; otros vacilaron.

» Yo me levanté. Tenía en mi mano la pistola. Estaba decidido á matarme; pero quería ver antes á Cecilia.

» Ésta se hallaba medio envuelta en una cortina, al otro extremo de la estancia, con el rostro lívido y la vista extraviada, mirando á aquel hombre que de pie, cubierto de sangre, teniendo delante un cadáver tendido en tierra, debía parecerle la estatua de la venganza.

» La luz que trajeron proyectaba su foco luminoso precisamente en el centro de la estancia, alumbrando un ramo de violetas que había caído sobre

el pavimento; el mismo ramo que Cecilia había llevado á casa, y colocado poco antes sobre su pecho.

» Un reguero de sangre que corría por la habitación había manchado de rojo aquellas flores.

» Entonces me incliné sobre el ramo, y empapándole en aquella sangre caliente aún, le lancé al rostro de Cecilia, diciendo:

— ¡Toma el último ramo de tu amante, recogido por tu marido! ¡Llévale, no sobre el pecho, sino sobre el rostro! ¡Adiós!

» Y el ramo, al chocar sobre su frente, imprimió en ella una mancha roja con la sangre de Lecourbe.

» No sé por qué hice esto; creía que aquella señal no se borraría nunca. ¡Pero todo se borra, hasta la sangre, y todo se olvida, hasta la muerte!

» Deseando morir, apoyé entonces la pistola contra mi sien; pero, antes de tener tiempo para disparar, me fué arrancada de la mano. Fuí cogido y sujetado por ambos puños por varios agentes de la autoridad que acababan de llegar. Arrancado de allí violentamente, me maniataron y lanzaron en un coche, como si hubiera sido un fardo. Ya dentro del carruaje, oí muchas voces irritadas que me insultaban y pedían mi muerte.

» Algunas voces femeninas gritaban desaforadamente:

— ¡Pobre mujer! ¡Ah! ¡miserable!.... ¡matadle!

» Había corrido el rumor de que era á Cecilia á quien había asesinado.

» Poco tiempo después fuí absuelto. Hubiera querido que el tribunal pronunciase contra mí una sentencia de muerte. La vista del proceso aumentó

terriblemente mis sufrimientos. La verdad, la asquerosa y horrible verdad, la supe allí, delante de todo el mundo, como si en el acta de acusación se hubiese hecho gala de exhibir en público mi deshonra y mi vergüenza. Aquella á quien había amado hasta la locura, y con quien me había casado, era un miserable y asqueroso reptil, que me había engañado aun antes de aceptar mi nombre. Había sido sucesivamente modelo de pintores, criada despedida por haber robado, encubridora de ladrones, comedianta en un pequeño teatro, y por último supe que la tienda de flores donde la había visto por primera vez, sonriente, graciosa, encantadora, virginal, la debía á la liberalidad de un amante que la había abandonado para casarse.

» ¡Oh!... Tener que oír todo esto, Capitán; tener que oírlo delante de una multitud ávida de emociones, y no poder llorar, pues se hubieran reído de mis lágrimas; ser el blanco de las miradas de todo aquel público desocupado, hombres, mujeres, abogados, periodistas, mujeres galantes ó curiosas, que os observan con sus lentes ó gemelos de una manera escudriñadora; sufrir las desconfianzas del tribunal; hallarse expuesto á la mofa de aquella abigarrada muchedumbre, y oír las declaraciones de aquellos testigos que decían: «He conocido á Cecilia Hervier; fué *doncella* de mi casa; ¡se exponía en los estudios de los pintores!» ¿Qué sé yo? Todo lo que supe allí de mentiras, ficciones ó infamias que constituían los antecedentes ó la historia de Cecilia, me llevó al límite de la desesperación. ¡Qué tortura, Dios mío!... ¡Ah! ¡Cuánto sufrí! ¡Cuántas veces estuve á punto de lanzarme contra la reja que me aprisionaba, para

destrozar mi cabeza de un solo golpe, y terminar de una vez aquel horrible suplicio!

» Mi abogado me decía:

—» ¡Calmaos! Todas esas declaraciones os son muy favorables. Cuanto más culpable sea Cecilia, tanto más inocente resultaréis.

—» ¿Y qué me importa mi inocencia? Podrán devolverme la libertad. Mas, ¿quién me devolverá mi dicha, el único interés que me ligaba á la vida? ¿Quién me devolverá aquella cuya historia no conocía, es verdad, pero á quien amaba con delirio?

—» ¿Quién me devolverá... (añadía); quién me devolverá á mi pobre amigo?

» ¡Quería tanto á Francisco! Sabía que Cecilia le había enloquecido, para aprisionarle después, en aquella pasión cuyo desenlace debía costarle la vida. Sabía entonces que Francisco había luchado contra aquel amor que era una infamia. Sabía que se hubiera cortado la mano antes de herirme, y la instrucción del proceso me reveló todos los sufrimientos de aquel desgraciado á quien había matado.

» Yo le decía en voz baja, como si hubiera podido oírme:

—» ¡Pobre Francisco Lecourbe! ¡Pobre amigo mío! ¿Recuerdas que juramos querernos en la vida y en la muerte?

» ¡En la muerte!

» El jurado me absolvió. Ni uno solo me consideró culpable. Se habían convencido de que yo no era un asesino. Os juro por mi honor, que si, en lugar del riesgo de ser guillotinado, se hubiera tratado de fusilarme, hubiera preferido ser condenado.

» Cuando recobré mi libertad, me pregunté :
—» ¿Qué haré ahora ?

» Permanecer en París, de ningún modo. París me causaba horror. En la administración donde servía, había sido reemplazado. Conservaba algunas economías, y me decidí á marchar al Havre. Desde allí.... ¡Y bien! Desde allí marcharé á América en busca de fortuna. ¡Ah! ¡La fortuna! Os juro que me importaba bien poco.

» Como si mi destino estuviera ya decidido, encontré en el Havre un domador de osos y de lobos, que, hallándose enfermo, trataba de desembarazarse de sus fieras. Creed, si os place, que fué una locura; pero me dije: «¡Las bestias feroces quizá no engañen, y de seguro son menos dañinas que las mujeres!» Compré, pues, los osos y los lobos. He vivido en sociedad con esos animales, conservando en mi mirada la extraña potencia que siempre había tenido, y que en otro tiempo me valió aquel consejo: «¡Haceos domador!»

» Era un acceso de misantropía, si queréis; pero el acceso dura ya algunos años, Capitán, y hasta ahora las fieras no me han hecho traición. *Tiberio* es de amistad más segura que el hermano Francisco Lecourbe. Y con esas bestias, no sólo he ganado mi vida, sino que he adquirido con qué pagar, si quisiera, amistades y amor. Mi colección se ha hecho célebre. Realizo importantes negocios con Rotterdam y Liverpool, comprando y vendiendo animales á las *Van Aken* de Holanda, criando y domesticando leones como otros crían gallinas, pudiendo decir, cuando me preguntan mi profesión: *comerciante en tigres.*

» Pero si hay pocos hombres que hayan manejado

tanto oro como yo, vendiendo á los papanatas el placer que experimenta siempre la cobardía humana al ver un hombre arriesgar su pellejo para distraer á los que se aburren, en cambio hay también pocos que hayan sufrido tanto como yo, Capitán, puesto que llevo en mi alma dos lutos eternos: el de una mujer adorada, y el de un amigo, cuya traición he olvidado para no acordarme más que de su agonía.

» Le veo siempre, hasta en mis sueños, tendido sobre un charco de sangre, muerto por mí, que hubiera dado mi vida por él. Y ella, aquella Cecilia, cuya mirada mentía, cuya sonrisa engañaba; aquella Cecilia que ha destrozado mi vida, también la veo á todas horas atractiva, irresistible, encantadora.... Y, ¿quién sabe?... ¿Quién sabe si, después de tantos años, no la amo todavía...., no la amaré siempre? ¡Bah! ¡Dejemos esto, Capitán; los desgraciados llegan á ser fastidiosos y pesados!....

» ¡Vamos, pues; hasta la vista! Ya conocéis el secreto de un hombre que probablemente no volveréis á ver más. ¡Ya tenéis explicado el por qué las pasajeras del *Mistral* me han traído á la memoria toda una terrible historia con sus violetas! Esas pobres flores parece que me gritan: «¡Tú has matado á un hombre!» Y creo ver sobre cada uno de sus pétalos una gota de sangre de Francisco Lecourbe!

» ¡Francisco!.... ¡Cecilia!.... ¡El pasado!.... ¡La dicha!.... ¡Ah! ¡Qué lejos, qué lejos está todo eso!»